

El acompañante

Dos cementerios en Salónica

Daniel Cazés

La visita a la ciudad de sus padres y el encuentro con una viuda sabia y generosa ayudan al protagonista de El acompañante a encontrar la tumba de su abuela, a caminar los recovecos y las calles de los antiguos barrios de Salónica, a reconstruir en la memoria y en la voz viejos romances y a rehacer los recuerdos de un viaje —real o ficticio— del autor de este relato.

Madame Marie se había sentado en un taburete de lona acolchada al pie de la tumba de su marido, sobre la que había colocado un pañuelo blanco para reposar la frente durante unos minutos y musitar la oración fúnebre. Después pidió a su acompañante que la dejara sola mientras meditaba y se dejaba llevar por sus recuerdos.

El acompañante había llegado de lejos para explorar varios rincones de la ciudad de sus padres, por eso entró en contacto con la viuda del historiador de aquella urbe, autor de siete tomos que parten de la visita de San Pablo para concluir hacia 1940; después de la guerra escribió uno más para dar cuenta de las persecuciones musolinianas y nazis y de las expulsiones a los campos de exterminio, para concluir con medio centenar de viejas fotos de piedras tumbales fechadas desde el siglo quince hasta hace sesenta o setenta años, saqueadas durante la destrucción del antiguo cementerio judío en 1943. En esas páginas menciona también a mujeres y hombres de aquella comunidad que intervinieron en

la resistencia griega o desaparecieron en la noche y en la niebla de los montes y las playas de la Jalquídice y las regiones vecinas.

El acompañante había descubierto aquella obra meses atrás y durante varias semanas la había recorrido presuroso en medio de la agitación febril a que lo llevaron el encierro, el insomnio y el desorden alimenticio dedicados a esa lectura acelerada que sólo se volvía exhaustiva e insistente en las descripciones de costumbres y en los capítulos que relataban la herejía sabetaina, los devaneos de los cruzados cabalistas que en el siglo XVII iban a la redención por los caminos del placer, la perturbación laica y socialista de fines del siglo pasado y principios de éste, y el inicio del desmoronamiento de aquella colectividad. Ya casi enfermo había leído y releído el último libro, el del holocausto. Y cuando logró salir de su largo arrebató fraguó con igual obsesión el viaje que lo llevó al encuentro con aquella mujer a la que deseaba convertir en su guía cuando visitara la ciudad de sus antepasados.



Rotonda de San Jorge (interior), Salónica, siglo v

Madame Marie entendió desde el principio lo que aquel cuarentón se proponía sin osar declararlo abiertamente, y sin titubear le pidió que, como había alquilado un coche, le sirviera de chofer y la acompañara a cumplir algunos encargos durante una o dos jornadas.

El acompañante dejó a *madame Marie* casi a la entrada del cementerio y se internó entre los sepulcros, casi todos blancos. Leía los nombres y las fechas en hebreo y en judeo-español; algunas venían acompañadas en la cabeza o en los pies por un pensamiento piadoso o la dedicatoria atribulada de los parientes, y no pocas incluían textos en griego, francés o italiano. Docena y media de mausoleos sencillos pero solemnes recuerdan que ahí yacen los restos de rabinos y benefactores, con inscripciones que refieren la iluminación de cada personaje e incluyen citas doctas de esos sabios varones, menciones a las buenas obras de los filántropos y administradores de la congregación, fragmentos de textos sagrados y abreviaturas de la cábala o la masonería.

Sin salir del sector masculino, el acompañante llegó al fondo del vasto terreno, trepó el montículo y alcanzó la plataforma coronada al fondo por el inmenso candelabro de siete brazos enmarcado con los nombres recuperados de las víctimas insepultas de la aniquilación; tras recorrer la lista en búsqueda de apellidos conocidos, durante un largo rato dejó ir su mirada por encima del muro hacia la parte de la ciudad y el mar que se vislumbran desde esa colina del camino a Heliópolis. Luego volvió rumbo a la entrada por el lado de las mujeres. De pronto lo detuvieron un escalofrío en la espalda y un vértigo repentino que lo obligó a apoyarse sobre una lápida. Era la de su abuela paterna. No había esperado encontrarse con el nombre de ningún familiar en esas piedras que resplandecían con intensidad bajo el sol de aquel mes de julio. Leyó una y otra vez el epitafio en las dos grafías y, para estar completamente seguro, convirtió la fecha judía del deceso en la de nuestro calendario: no quedaba duda, era ella, con su apellido de soltera y el de su viudez, que eran los del padre del acompañante.

Madame Marie entendió desde el principio lo que aquel cuarentón se proponía sin osar declararlo abiertamente, y sin titubear le pidió que, como había alquilado un coche, le sirviera de chofer y la acompañara a cumplir algunos encargos...

Permaneció ahí, casi inmóvil, hasta que reparó en la señal que *madame* Marie le hacía con un lienzo blanco; entonces levantó un guijarro del suelo y lo colocó sobre la losa. Al dirigirse hacia la primera sepultura recordó el relato de su padre: cuando la abuela pudo regresar milagrosamente de Bergen-Belsen fue a buscarla con el firme propósito de llevarla a vivir con él, pero a ella le pareció mejor que él viniera a instalarse con toda la familia en el mismo barrio ancestral de la sinagoga de Portugal, en el paraje de la Clisa Mu e va, detrás de los baños de Capán, a unas calles de la ribera de aquel rincón mediterráneo donde había hallado un buen sitio para sus últimos días; ya no era el vecindario en que nació, pues casi toda la ciudad sucumbió en el gran fuego de 1917, pero aunque había sido reconstruida como una metrópoli moderna y cuadrículada, ella sabía muy bien dónde quedaban sus antiguas calles, sus olores y los colores de su vista de la mar. Él respondió que no podría vivir de nuevo en Salónica sabiendo que el viejo camposanto había sido arrasado, que con sus piedras benditas se habían recubierto las calles nuevas antes de pavimentarlas y que ahí mismo las botas y los tanques nazis habían pisoteado y destruido los rollos de la ley divina preservados desde la Edad Media e incluso desde antes.

El acompañante relató esta historia a *madame* Marie. Ella escuchó con atención, le dijo que se alegraba de que hubiera encontrado a su abuela y agregó que, igual que la difunta, ella y su esposo lograron regresar del mismo campo de la muerte para vivir el resto de sus días en su ciudad. Luego sentenció con dulzura que era hora de partir. Cada uno dejó sobre el mármol del escritor una piedrecilla levantada del suelo.

Ya en el auto, *madame* Marie indicó cómo llegar a la Universidad Aristóteles; al llegar recordó que el antiguo cementerio estuvo ahí, en donde ahora hay facultades y pistas deportivas. Hablaba con el mismo tono melancólico y tranquilo con que se refería a su marido, sin perder su leve sonrisa y esa mirada que al acompañante le parecía ocultar, tras las cataratas, la limpidez de una sabiduría silenciosa. El acompañante tuvo que detener el coche para reponerse del bochorno que congestionó sus ojos, le hizo sentir ardientes las mejillas y

oprimió su pecho. Miró las calzadas rodeadas de arbustos y espacios verdes y arbolados como buscando los túmulos mortuorios que ya sólo existían en las fotografías del libro. Al cabo de un momento levantó la mirada hacia los edificios, idénticos a centenares de construcciones hechas para el mismo fin en todo el mundo durante las últimas décadas, y preguntó qué escuelas era posible distinguir desde ahí. La anciana le dio indicaciones para identificar las facultades de Filosofía y de Arqueología, y le sugirió que fuera a caminar un rato, pero él respondió que por primera vez en su vida no se sentía en casa dentro de una universidad, arrancó el motor y esperó instrucciones para seguir adelante.

OTROS BARRIOS DEL PASADO

Madame Marie hizo que pasaran al lado de la vecina basílica de San Demetrio, dañada por las llamas en agosto de 1917 y reparada durante la ocupación con losas de la necrópolis mancillada. Luego dirigió la travesía por largas avenidas paralelas que siguen el curso ascendente del anfiteatro natural del monte Jo rriatís, donde se asienta la ciudad desde la época helenística; varias veces lo hizo detenerse en los cruces con las calles que descienden para mostrarle cómo desde el bullicio de los bulevares del centro siempre es posible llegarse hasta un cruce y mirar las aguas de la ensenada y la llanura con sus malecones y plazas, donde la gente toma café y agua helada. El siguiente punto del itinerario fue la Ciudadela, en la parte alta de la ciudad, prácticamente en la cima más elevada. *Madame* Marie señaló al pasar la casa natal de Kemal Atatürk, hoy residencia consular, y otra que, según cuentan, ocupó alguna vez Venizós. Antes de los incendios toda la ciudad era como este barrio y muchas casas eran así, bajas, cubiertas de tejas, con paredes de madera pintadas de ocre y con una faja negra al pie. Así lo aseguró ella mientras mostraba lo que con dificultad podía percibir y comenzaba a dar nuevas indicaciones para proseguir el recorrido. Un poco fuera de la aglomeración urbana, entre viviendas precarias levantadas sin duda por campesinos llegados hacía poco, *madame* Marie indicó

un punto desde el que se contempla bajo el sol del mediodía el panorama que permite vislumbrar los deltas del Galikós y del Vardar. Después iniciaron el regreso. *Madame Marie* hizo notar a lo lejos los restos de la muralla medieval e informó que en alguno de sus recovecos debió estar la sinagoga cuya comunidad cristiana organizó el evangelista de las dos epístolas.

No lejos de las márgenes del golfo Termaico, *madame Marie* hizo que salieran de la avenida para entrar a una callejuela y apuntó a un edificio bajo y sólido donde, dijo, estuvo la sinagoga de Pórgal que también llamaban de la Calabaza. El acompañante, deseando simular su emoción, indagó en su guía *Michelin* que la estrecha vía recuerda al fundador de la ciudad, el rey Casandro, cuñado y sucesor de Alejandro, que dio a su capital el nombre de su cónyuge, Thesaloniki. Dejándose atrapar por el inicio de algún ensueño, el acompañante preguntó a *madame Marie* si no le molestaba que se detuvieran unos minutos para caminar por el rumbo. Ella le pidió que estacionara el auto en un sitio sombreado, le trajera un té a la menta del bar más cercano y se tomara su tiempo ya que le había llegado el turno de hablar con sus muertos.

El vecindario vivía una cierta animación y al acompañante le pareció percibir un poco de brisa y un aroma salobre; pausadamente se abrió paso entre los tran-

seúntes y las mesas exteriores de un par de cafés donde intentó preguntar a los más ancianos si recordaban la antigua ubicación de los baños, detrás de una iglesia que fue nueva a fines del siglo diecinueve. Pero aunque la amabilidad de sus interrogados era grande, las palabras que intercambiaron fueron impenetrables; con ellas pudo beber un anís pero no obtuvo información. Sin ningún éxito emprendió su propia búsqueda del templo, pero todo lo que halló era demasiado reciente; no perdió el ánimo y siguió vagando al azar de las ventanas, las puertas abiertas, los juegos infantiles y las fondas. Pasados unos minutos se dio cuenta de que sus propias pisadas, apenas perceptibles para él mismo, lo empujaban hasta una esquina para contemplar una vez más la bahía e imaginar a sus padres haciendo en el pasado lo que él hacía en ese momento.

Animado y casi jovial regresó al coche. *Madame Marie* había dejado la taza vacía sobre el asiento y parecía dormir con la cabeza inclinada sobre el respaldo. Antes de tomar de nuevo el volante, el acompañante devolvió las cosas a la fonda y bebió un vaso de agua mineral. Luego preguntó a la anciana si podía ayudarlo a localizar sus puntos de referencia y ella, después de pensarlo un momento, le dijo que sólo recordaba que estuvieron cerca de ahí. Ya rumbo al mar, bajaron un par



San Demetrio y los fundadores, Iglesia de San Demetrio, Salónica, siglo v

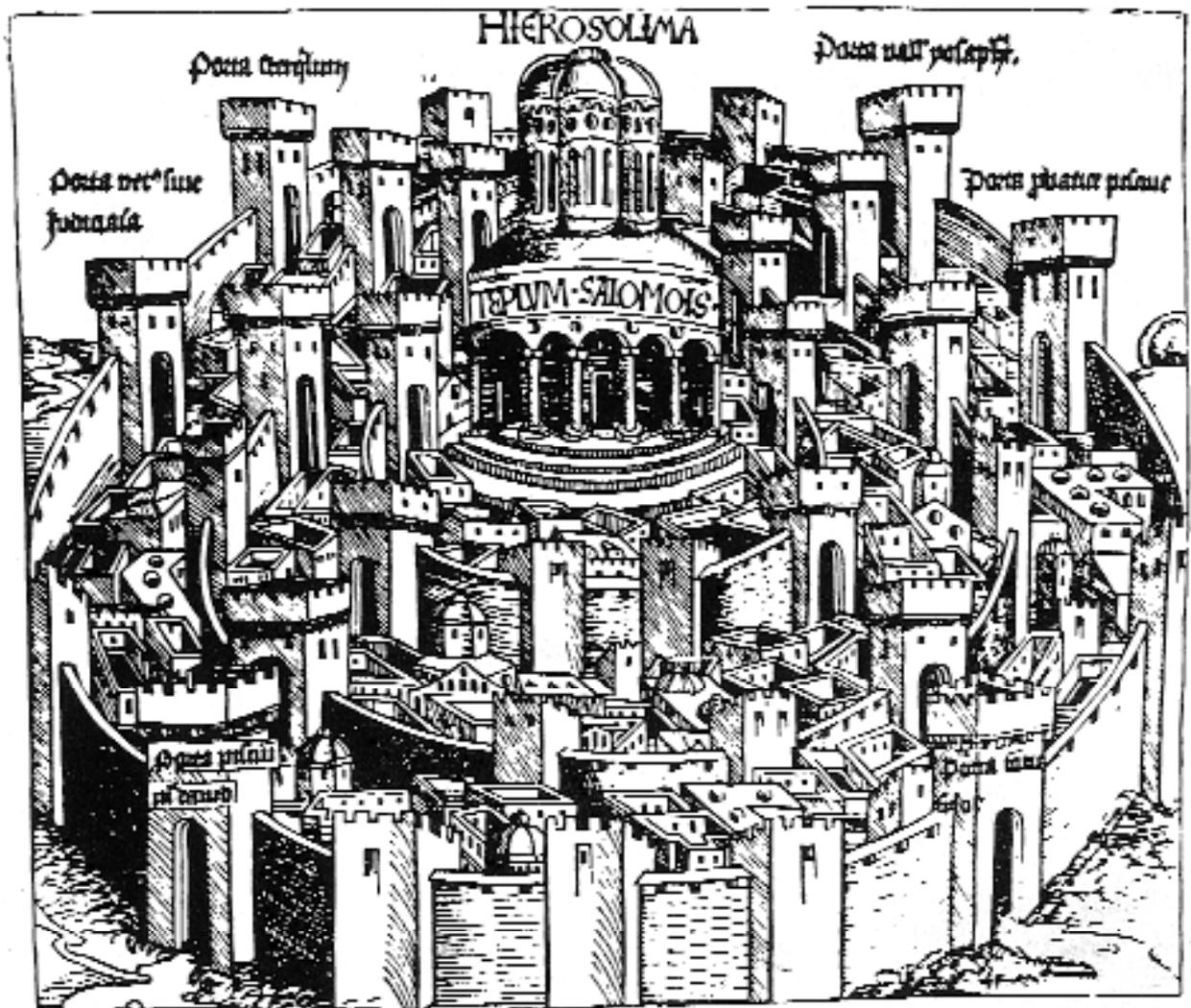


Ilustración de Jerusalem, siglo xv

de cuerdas y dieron vuelta en otra calle lateral. Entraban en el vecindario de Aya (Hagia) Parasevsky y en el momento oportuno *madame* Marie mostró el sitio en que estuvo la sinagoga del Árbol de la Vida y de la Fe, apodada del Ajo, que había sido la suya y a la que también perteneció una extensísima familia con el apellido de la madre del acompañante. Él solicitó una nueva parada para repetir su ceremonial del callejón Casandro y a obtener de él los mismos resultados. Cuando terminó, llevó a *madame* Marie a donde tenía que ir y se despidió de ella con el compromiso de encontrarla a las doce del día siguiente en un restaurante de la Plaza de la Libertad para almorzar y continuar con su itinerario.

LA CANTIGA DE LA TORRE

El acompañante manejó durante una media hora extrañado en aquellos espacios desconocidos y llenos de luz hasta que, guiándose por su plano de la ciudad, partió rumbo al litoral en búsqueda de la Tour Blanche. Cuando la divisó, dejó el auto para mirarla de lejos con el propósito de acercarse caminando. Estaba tal vez a un kilómetro, así que llegar a aquella masa cilíndrica de piedra

le tomó un buen cuarto de hora a paso tranquilo. Cuando por fin estuvo ahí, la rodeó lentamente para mirarla una y otra vez, se alejó de ella y volvió a acercarse, se sentó en una banca, bajó a la playa y repitió su paseo y su contemplación dentro de los límites de un territorio marcado por su propia marcha, siempre observando y evocando las referencias al monumento que había escuchado en su niñez. Ahora le pareció más bello que en sus reminiscencias o en las fotos que de él conocía. La sobriedad de su traza circular, su elegancia modesta, las tonalidades claras de su cantera, el musgo de algunas de sus piedras y los árboles cercanos, acentuaron la agitación del acompañante. Pensó que todas las torres feudales viven en leyendas de batallas, de caballeros cristianos e infieles musulmanes, de encarcelamientos, torturas y ejecuciones, y consideró que en ese momento era mejor no conocer las que hubiera para evitar que los deleites de su recogimiento corrieran el riesgo de reducirse a consideraciones históricas y sociológicas más o menos doctas, a fin de cuenta, insípidas y seguramente frustrantes para los propósitos de aquella exploración concebida como una empresa estrictamente afectiva y nostálgica.

En esas estaba cuando vio que tenía enfrente a un hombre mayor, vestido pobremente, con la cabeza cu-

bierta por una cachucha a cuadros y cargando una cámara de cajón provista de su tripie de madera, que le hablaba sin cesar y que no parecía esperar que comprendiera lo que le decía. A señas y con un intercambio verbal mutuamente ininteligible, acordaron cómo tomaría el retrato y cuál sería su costo. Mientras el hombre colocaba sus aparejos, el acompañante se ubicó para que la Torre apareciera entera con él al pie y el agua y un gajo de la ciudad al fondo. Concluida la sesión de poses y tomas, el hombre hizo entender que se alejaría un poco para continuar el trabajo a la sombra de un árbol para sacar las fotos en negativo que volvería a tomar para hacerlas positivas. Cuando comenzó a meter sus manos en la caja, un movimiento torpe le hizo derramar un recipiente y exclamar *Adonay Dio*. Entonces el acompañante, que conocía muy bien la expresión, le habló en castellano, lo que hizo que el fotógrafo casi pegara un salto, se entusiasmara y, sin abandonar sus labores, iniciara un breve interrogatorio sobre el origen, la situación vital y el destino de su interlocutor, indagara su patronímico e hiciera una lista de las personas de sus apellidos que recordaba, pero no coincidían con nadie que el acompañante pudiera identificar. Acto seguido y para hablar de sus propias memorias de vida y de muerte, el anciano inició un discurso atropellado que parecía interminable y casi no dejaba espacio para réplicas. El acompañante pensó que podría obtener una extraordinaria historia de vida con recuerdos detallados del tiempo de concentración desde el exilio hasta el retorno y comenzó a planear la manera de iniciar su investigación, pero pronto decidió posponer esos impulsos académicos y seguir gozando de la escucha de aquel flujo incesante de palabras y tonalidades ancestrales que estaba recuperando después de haber dejado de oírlas durante muchos años.

Cuando el retratista mostró el resultado de su trabajo, el acompañante le pidió hacer más positivos y que le diera también los negativos. El hombre accedió después de precisar la cifra final que habría de percibir y, poniéndose nuevamente en acción, retomó el relato que había suspendido. Mientras esto sucedía, el acompañante reparó en que bajo el árbol había un morral grande y un estuche, ambos de cuero marrón, muy oscuro y desgastado. Después de recibir sus fotos y de pagar, aludió

a aquel equipaje y el artesano, sonriendo maliciosamente y sin dejar de hablar, abrió primero el morral del que sacó un pomo del anís que en aquellos lares llaman *u zo* o *rakí*, luego tomó de su funda un instrumento bastante maltratado al que llamó *mandolino* y mencionó la cantiga de la Torre. El acompañante le dijo que la conocía de labios de su madre. El hombre compartió dos rindas de bebida con su cliente, comenzó a tañer su vihuela y con voz rasposa inició su canto:

*A la mar hay una torre,
a la torre una ventana,
a la ventana hay una niña
c'a los marineros llama,
a la ventana hay una niña c'a los marineros llama.*

Desde el segundo verso ya hacían dúo con sus voces roncas y no demasiado entonadas.

*Dame la mano tú palomba
para subir al tu nido,
maldicha que durmes sola,
vengo a dormir contigo,
maldicha que durmes sola, vengo a dormir contigo.*

En tre cada estrofa, las cuerdas dejaban oír un requinto de sugerencias a un tiempo andaluzas y turcas.

*No te pares tú al molle,
c'a la mar non hay qué ver,
una barquita al moll'había,
trabó la vela y se fue,
una barquita al moll'había, trabó la vela y se fue.*

Un vientecillo más bien suave comenzó a sentirse sin que el calor amainara ni los dos cantantes solitarios dejaran de lanzar miradas a alguna de las ventanas de la torre.

*El cielo quero por papel,
la mar quero por tinta,
los árboles por péndolas,
para 'scribir mis lágrimas,
los árboles por péndolas, para 'scribir mis lágrimas.*

Pasados unos minutos se dio cuenta de que sus propias pisadas, apenas perceptibles para él mismo, lo empujaban hasta una esquina para contemplar una vez más la bahía e imaginar a sus padres haciendo en el pasado lo que él hacía en ese momento...

El acompañante quedó sobrecogido por la crudeza lúcida de aquellas descripciones que lo mantuvieron como petrificado impidiéndole hacer anotaciones, y por el ánimo de aquel hombre abatido...

No eran horas de mucha circulación y por el bulevar de la costa habían pasado pocos coches; una niña y un muchachito vestidos con andrajos se habían aproximado al árbol, pero sólo pudieron escuchar las dos últimas líneas y los últimos acordes antes de pedir una moneda.

LA CARPA DE LA PLACITA

El acompañante intuyó que unos tragos más pudieran ocasionar una invitación a casa del fotógrafo, quizás una pequeña francachela familiar y un ataque incontrolable de observación etnográfica. Calculaba las ganas que tenía de seguir ese plan, pero antes de tomar una decisión el hombre le propuso acompañarlo no precisamente a su casa, sino a la espaciosa carpa instalada en una plazoleta cercana donde pernoctaba con uno de sus hijos, su nuera y dos nietos: su vivienda había sido clasificada en rojo después del reciente terremoto, por lo que sería demolida como tres cuartas partes de las construcciones de la ciudad; el municipio había proporcionado tiendas de lona a los pobladores que las necesitaban y con ellas se instalaban campamentos en todos los parques. Entonces el acompañante se dio cuenta de que aquella urbe, que no era la que sus padres habían conocido antes del gran fuego, también reconstruida en 1886 tras otro incendio, estaba dejando de ser la que él visitaba porque pronto sería reconstruida una vez más. Con este pensamiento, fue a traer el coche; ayudó a su nuevo amigo a ubicarse en el interior con su impedimenta, y esperó explicaciones para llegar a la vivienda provisional.

Bajo un arbusto que le hacía sombra estaba una gran vasija de barro con agua y muy cerca de la entrada había un fogón con el cazo de café turco (*greco*, aclaró el fotógrafo) bien caliente y espumoso. Acababa de prepararlo la nuera, Ester, que no hablaba una sola palabra de español y llamaba a su suegro *kirie* Nesim. Su marido trabajaba fuera de la ciudad y llegaría al día siguiente, así que ella siguió charlando con sus hijos, una joven y su hermano, mientras los hombres se instalaban dentro, en mullidos almohadones, para beber su café y un vaso de agua después de cada taza.

La plaza es suficientemente amplia para que la media docena de tiendas de campaña que la ocupaban conservaran su propia intimidad. De vez en cuando pasaba algún vecino que saludaba y preguntaba por el visitante.

Éste, más animado por el *raki*, decidió dar coherencia a la locuacidad del señor Nesim y, libreta y pluma en mano, se propuso enlazar los temas con preguntas que orientaron el palabreo inicial y pretendió tomar algunas notas, pero la vivacidad del diálogo y los efectos del licor impidieron que cualquier información llegara al papel.

El artista había puesto sobre una mesita, cerca de los cojines en que reposaban sus cuerpos mientras hablaban, unos platitos con nueces, almendras y pasitas. La conversación trató del reciente temblor, de las magras ganancias del negocio ambulante y de los planes nunca realizados de cambiar de país como lo estaban haciendo todos en la comunidad. Al acompañante le tocó describir cómo es la vida en el extranjero, lo que, según el momento, sirvió para que el anciano fantaseara con viajar a América o concluyera que sería mejor quedarse en donde estaba, pues muchos trabajos había pasado desde su retorno de Polonia; de su confinamiento en este país no quiso hablar y simuló no haber oído las preguntas del acompañante sobre el tema.

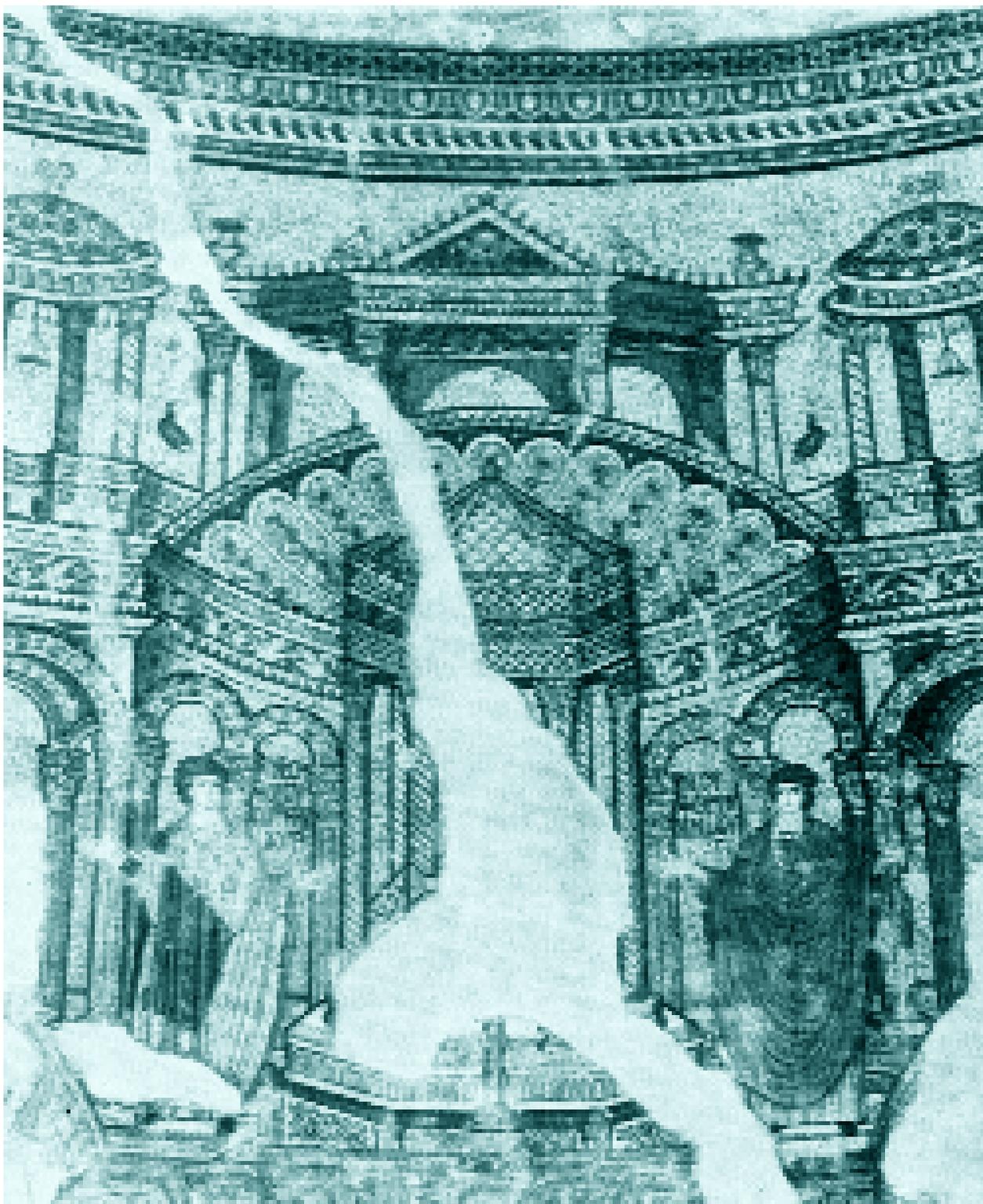
Hacía rato que la pequeña botella de *uzo* había sido vaciada y que el nieto, por cuenta del acompañante, había traído de un almacén próximo una de tres cuartos, que también comenzaba a menguar a pesar de que su contenido era consumido en copas muy pequeñas con capacidad de lo que el fotógrafo llamaba un *dedica*. Aunque todavía no anochecía, pasaban de las nueve cuando no quedó nada de la segunda garrafa; llegó entonces la hora de las despedidas y el coche se dirigió hacia el hotel, en el centro. Este edificio tenía una etiqueta verde, de manera que, decían, no corría ningún peligro; estaba en el extremo de otro parque también habitado por damnificados cuya rutina, vista desde el ventanal del quinto piso, parecía desarrollarse con el decoro que sugerían el orden, la limpieza, la calma, la amabilidad y el café siempre caliente que se intuían desde arriba. Era tarde y hacía rato que las alas de las carpas habían sido bajadas y los faroles se habían encendido cuando el acompañante echó la última mirada a sus vecinos de la calle.

DELICIAS EN LA PLAZA DE LA LIBERTAD

Despertó ya entrada la mañana, pero aún tuvo tiempo para una larga caminata por los alrededores del hotel, no lejos de la Santa Sofía local. Después de estacionar

el coche, a las doce en punto se presentó en la terraza del sitio en que había sido citado. Muy pronto llegó *madame* Marie con *madame* Sara, una mujer de su misma edad, y con Iphigénie, la última asistente del cronista. A la mesa fueron llegando muchos platitos para que cada quien se sirviera pequeñas porciones de pepinos con yogur esparcido sobre cubitos de hielo y espolvoreado de hierbas finas, hueva fresca disuelta en aceite de oliva y migas y también seca en trozos, arenque rebanado en salmuera con abundantes rebanadas de cebolla encurtida, aceitunas negras y *verdes*, *borrecas* (empanaditas) de espinaca, poro, carne molida y requesón,

queso de cabra humedecido con aceite de oliva y cubierto de orégano y ajonjolí, una crema de esta misma semilla, otra de garbanzos, una más de berenjena y otro plato de albóndigas a las que llaman *kiftedes*, tajadas de pan saturadas de aceite y cubiertas con pulpa de jitomate, trozos de carnero a las brasas cocinado en una salsa aromática, jitomates y calabazas rellenas de carne molida, una hogaza campesina y una bandeja colmada de lechugas aderezadas. Todas estas delicias, rociadas con vino blanco resinado, fueron compartidas por los cuatro comensales sobre aquella vastísima explanada que parecía terminar dentro del mar. Eran los sabores de la



Dos orantes, rotonda de San Jorge, Salónica, siglo v

mesa de su madre, reflexionó el acompañante. Recordando los pasteles empapados en miel y la dulzura empalagosa del *lukum*, él aseguró que no podría llegar al postre, pero *madame Marie* le replicó que lo decía porque no sabía lo que ella había ordenado. Y tuvo razón, porque al final el acompañante, discreto, se quedó con las ganas de pedir una segunda orden de los profiteroles que había consumido con delectación y con mal disimulada voracidad. Cuando dejaron de tomar café salpicado con sorbos de anís, tocó a su fin la sobremesa en la que él dio cuenta de sus andanzas de la tarde y la noche anteriores.

LA RESIDENCIA DE WALDHEIM Y UNA CASA EN LA COLONIA ROMA

Entonces las señoras anunciaron la inminente visita al museo de etnografía macedonia, lo que despertó poco interés en el acompañante aunque Iphigénie estaba convencida de que allá vería que se equivocaba.

Las instalaciones del museo parecieron al acompañante iguales a todas las de su tipo, construidas por burocracias obsesionadas en hacer idénticos en cualquier parte del mundo los elementos de una infinita diversidad a la que el turismo oficial sólo reconoce en lo más superficial y lo impone como línea universal a los especialistas y al público. Le interesó, sin embargo, la arquitectura de aquel edificio sólido y merecedor de etiqueta

verde, levantado en los años veinte, su decoración, sus estucos rococó, sus vitrales con motivos bucólicos que combinan temas clásicos y actuales, su herrería negra y garigoleada, y sus jardines un poco salvajes y otro poco afrancesados con un cenador de cemento que imita vigas de madera y tejas de barro, todo para crear un conjunto de apariencia grácil y liviana, como correspondía en su época a las mansiones privadas de los nuevos ricos de origen citadino, concebidas como casas de campo que se ubicaban dentro de los linderos de la aglomeración cuando no existía aún el concepto de suburbios. Quedó sorprendido por la semejanza de aquella casa con la que un hermano de su madre había hecho construir, posiblemente el mismo año, en una esquina de la Colonia Roma Norte. Opinó que ambas mansiones eran obra del mismo arquitecto o resultado de los mismos planos: expresaban un gusto idéntico en los espacios interiores y exteriores, las tres salas de estar, el comedor, el salón de fumar, el amplio *hall* que los conecta y el pórtico que lo abre sobre el jardín, la gran escalera de mármol negro que desde el pie permite distinguir las puertas de las habitaciones superiores, las terrazas de éstas volcándose unas hacia la calle y otras a su propio rincón verde e incluso la azotea sin tanques de agua que fácilmente se adapta como solarium en los días calurosos y como espacio de reuniones y cenas en las noches de la misma temporada, bajo una armazón de madera que entrelaza hiedras y parras. Y no se diga en la vasta cocina con su equipo y su mobiliario importados de Francia y de Alemania que fueron lo más moderno de su tiempo, su amplia despensa, su mesa central que sirve para los trabajos culinarios y como desayunador, sus ventanas con vista al patio de servicio, su pasaje hacia el comedor y el angosto pasillo que lleva con discreción a las habitaciones de la servidumbre y a la cochera. El acompañante reconoció que había valido la pena ir al museo. Después de recorrer dos salas, *madame Sara* se detuvo en el primer peldaño del enorme salón vestibular e hizo que se acercaran a ella *madame Marie*, Iphigénie y el acompañante. Dirigiéndose a él hizo saber que esa había sido su casa, salvada de la destrucción porque al exiliar a sus habitantes los oficiales nazis instalaron ahí la *Kommandantür*; agregó que a su regreso le fue reintegrada y luego, viuda y sola, tuvo que venderla al gobierno para poder seguir viviendo. Estaba orgullosa, concluyó, de que el ministerio de cultura la hubiera transformado en lo que ahora es, aunque criticó que sólo exhibiera curiosidades de los campesinos de la región y nada de los sefaradís, que fueron los principales habitantes de la ciudad durante cinco siglos.

Todavía recorrieron una buena porción de la muestra, él interesado en visitar lo que fueron los dormitorios y el cuarto de baño, gigantesco, con su tina sin ducha, su lavabo antiguo y el bidé descomunal que estaba seguro



Virgen con el niño, Iglesia de Santa Sofía, Salónica, siglo IX



Iglesia de San Demetrio, Salónica, siglo v

que hallaría. Luego se sentaron a una mesa, protegida por una sombrilla, sobre el césped para beber un café acompañado de su imprescindible vaso de agua fresca.

UN RINCÓN COLMADO DE TESOROS: LAS LLAVES DE ESPAÑA

En un silencio durante los comentarios, *madame Marie*, que todo el tiempo hablaba francés, sentenció en español:

—*Agora vamos a mi casa.*

No queda lejos, en las cercanías residenciales, y tampoco fue dañada por el movimiento telúrico. El acompañante, sin ocultar la emoción que le causó la noticia del nuevo destino de su visita, dejó el volante en manos de Iphigénie y en el camino se dedicó a observar las construcciones en todos los estilos de los últimos seis lustros. *Madame Marie* no hizo el recorrido de la propietaria, pues casi de inmediato condujo a Iphigénie y al acompañante a la biblioteca de su marido y, retirándose, indicó a la joven que mostrara al acompañante todo lo que quisiera examinar. Iphigénie fue sacando legajos de cartón atados en un extremo con moños anchos de lona roja y blanca descoloridos por el polvo y el uso. Casi todos contenían las notas, los borradores y las versiones definitivas de los capítulos del libro. En otros había papeles antiguos, unos pocos originales pero casi todos en copias: era la documentación de las búsquedas del historiador. Estaban redactados en castellano de varios siglos, incluidos algunos en caracteres hebreos, en la notación cifrada de Rashi y en

escritura arábica; no eran pocos los escritos en francés, italiano, alemán, griego, turco, árabe, varias lenguas eslavas, yiddish y hebreo.

El acompañante preguntó cómo se había preservado aquel caudal literario pese a la guerra y el exilio. Iphigénie explicó que todo lo que sirvió para los primeros volúmenes había sido concentrado en París antes de la ocupación, pues allí inició y concluyó el difunto la redacción y preparó la primera edición de su obra, cuyos archivos no trasladó entonces a su casa. Cuando volvió con su familia del exilio se enteró de que los nazis no habían dado con sus documentos, conservados en casa de un anciano profesor francés cuya persona pareció impecable a los invasores y que, sin embargo, había participado secreta y prudentemente, aunque con gran energía, en la resistencia comunista; sus herederos no pusieron ningún obstáculo para repatriarlos, y ella los ordenó en los tiempos en que el cronista y un colaborador preparaban en esa misma sala el último tomo, tarea en la que ella también trabajó.

El acompañante revisaba los expedientes que Iphigénie le acercaba, hasta que dijo que fuera de los papeles antiguos no hallaba nada que no hubiera leído ya. Entonces ella le dio el manuscrito de otro libro: una biografía inédita de Shabetai Tzvi, el falso Mesías del siglo XVII, resumida en el quinto volumen de la historia. Mientras él se sumergió en la lectura de aquellas cuartillas mecanografiadas en una vieja máquina a la que no se le cambiaba muy a menudo la cinta, ella salió. Unas horas después, cuando él había repasado casi por completo centenar y medio de páginas, Iphigénie regresó

para anunciar que *madame* Sara le había dejado saludos al despedirse y que *madame* Marie, quien también se había ido a descansar, le mandaba decir que podía pasar ahí la noche y si lo deseaba descansaría y dormiría en el diván de la biblioteca, para lo que mandó sábanas, frazadas y toallas. Iphigénie puso sobre el escritorio una docena de cuadernos de cubierta dura y una carpeta; enseguida anunció que regresaría a su casa pues ya había caído la noche, y dijo que si le parecía se encontrarían al día siguiente para continuar el trabajo o seguir paseando; le mostró la puerta del baño, lo condujo a la cocina y le avisó que podía bañarse y atacar el refrigerador y la reserva de pan y vino si le apetecía. El agradeció; dijo que aceptaba la invitación; le entregó las llaves del auto; la convenció de que lo utilizara, y la acompañó hasta la puerta.

Lo que había sobre la mesa eran los diarios del marido de *madame* Marie con una nota de Iphigénie en la que decía que ese original sólo lo conocían la viuda y ella misma, y que estaba sorprendida de haber conseguido anuencia para que él se enterara de su contenido.

Los otros papeles, ajenos a las memorias y a los que no quería prestar mucha atención, eran la breve correspondencia que intercambiaron en los últimos años del siglo XVII un jesuita de América y un erudito local, rabino racionalista y tal vez agnóstico, crítico del misticismo y de la tormenta mesiánica en la que participó sobre todo como testigo crítico, agudo y sutil. Los letrados se comunicaban en dos formas antiguas de español, informaciones y reflexiones en torno a los bufones en las casas señoriales, las cortes reales y los séquitos de personajes como el redentor de Esmirna; también discutían cuestiones teológicas y, haciendo caso omiso de sus religiones, afirmaban que lo importante es comprender los designios divinos y aplicar la ética en la vida de cada día. El acompañante se preguntó irritado por qué había distraído media hora en descifrar mentalmente aquellas caligrafías caducas, las dejó a un lado, tomó la primera libreta y sin hacer la cama se despojó de la ropa sudada que le hacía sentir más fuerte el calor y se acomodó en el sofá con su cuaderno de notas, listo para penetrar en una nueva noche de insomnio y tal vez de emociones y desconuelos.

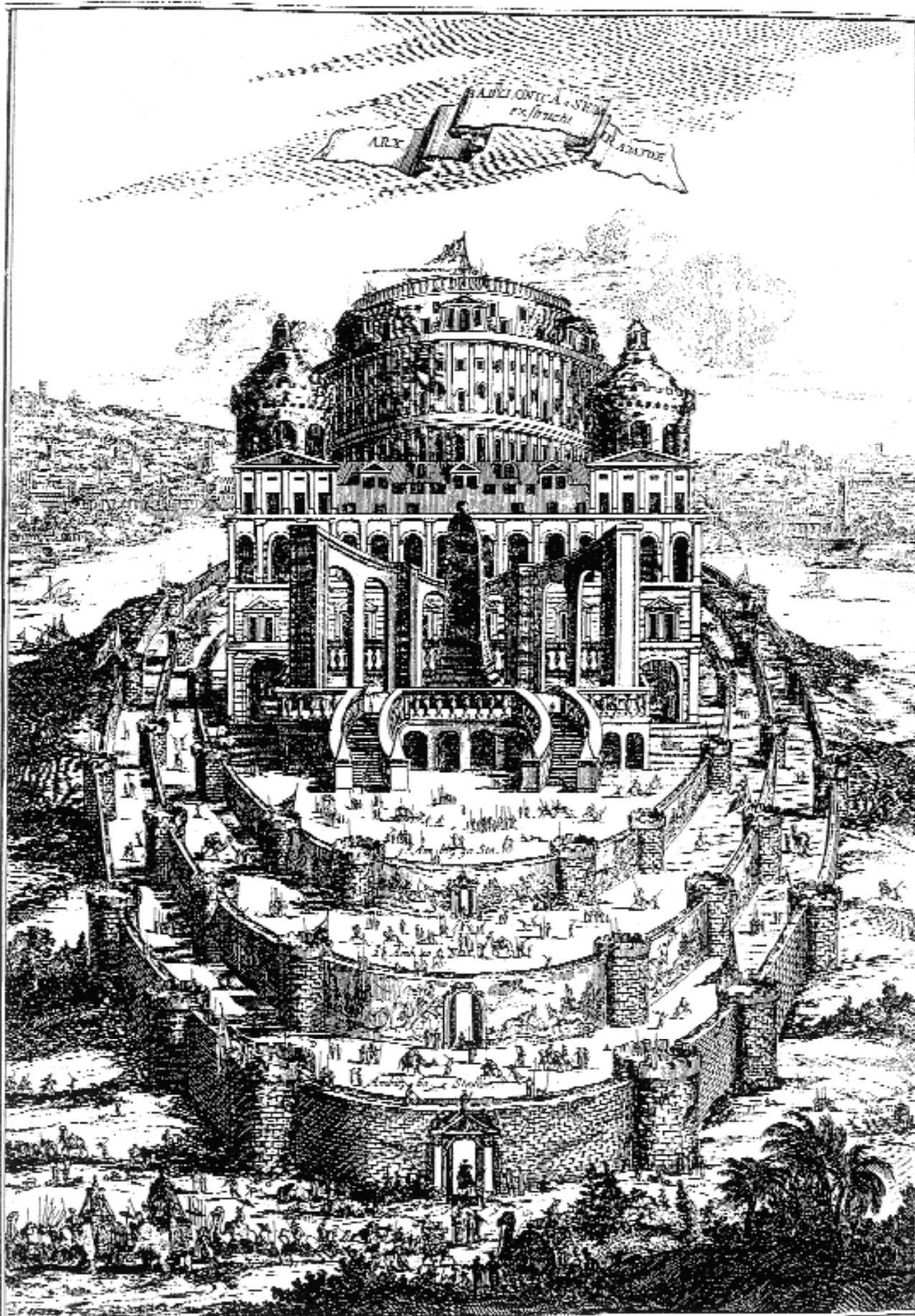
Al principio es un diario íntimo que se detiene en las penas eróticas, las osadías rebeldes de la adolescencia y

las incertidumbres religiosas de la primera juventud e incluye los borradores de algunos poemas sentimentales y describe con detalle los amoríos que precedieron al matrimonio del escritor. Pero el grueso del texto es más bien el registro de las vicisitudes de la labor erudita, con las listas de dudas y tareas pendientes. En este aspecto, presenta un enorme interés todo lo referente a la reconstrucción de tradiciones y costumbres. Detalla también la experiencia de elaborar el diccionario del habla sefaradí local, pleno de palabras turcas y griegas, galicismos e italianismos, y presenta un compendio de sus discusiones con algunos colegas. En los cuadernos finales, sin embargo, se olvida del trabajo y, volviendo a las intimidades, relata vívidamente las angustias de los días de persecución en su propia ciudad, las torturas de la deportación y de la vida en la antesala cotidiana de la muerte, con las hazañas infernales de la supervivencia entre la multitud desesperada y mansa o angustiada e iracunda, de mujeres y hombres que agonizaban a las puertas de las cámaras de gas y los hornos crematorios. Hasta la liberación que ya nadie esperaba y el retorno de unos cuantos sobrevivientes (mil de cuarenta mil) a las calles y casas destruidas de un terruño que jamás podrían reedificar.

El acompañante quedó sobrecogido por la crudeza lúcida de aquellas descripciones que lo mantuvieron como petrificado impidiéndole hacer anotaciones, y por el ánimo de aquel hombre abatido que, sin las disquisiciones místicas —la elección divina, la misión y el destino del sufrimiento y la denuncia—, ni las reminiscencias bíblicas e históricas —la esclavitud y el éxodo, la Edad Media, 1492...— frecuentes en tantos testimonios, mantuvo su fortaleza ante la ejecución siempre inminente y, al mismo tiempo, su integridad esperanzada en la solidaridad con quienes compartió las barracas del matadero y en sus proyectos de vida para el caso de que la inmolación no lo alcanzara.

Ya clareaba cuando el acompañante cerró el último cuaderno y se acercó a los alimentos. Luego, transpirando, durmió pesadamente una hora, despertó para ducharse y se vistió con las mismas ropas del día anterior, las únicas que tenía a la mano. Su intención era volver sobre algunos papeles, pero ya no pudo hacerlo, así que se dedicó a escudriñar algunos libros de la estantería y a recorrer minuciosamente el salón como para hallar los

Eran llaves que los sefaradíes desterrados por los Reyes Católicos de España y Portugal habían llevado consigo a la diáspora, confiados en que un día regresarían...



Semiramidis Arx descriptio

Arx haec in utraque Partis Regione ad fluvium magnis impensis magnificentissimae Semiramis aedificata. Quae ad Occidentem sua arce, prout Dioscorus Siculus recenset, tres habebat ambitus. Primus ambitus sic factus est. Atque Ornavimus, abie et longiusque muribus ex cocto lateri constructus erat. Iustus ad 70000000 ferebat. Alter quo ferebat longus erat, in vestibus primis, quibus, prout patet quod in vestibus alio lateribus omnis generis colorum colorum arte fieri ad veritatem similitudinem efficitur, continebat. Tertius tandem murus, et ibidem circumdatus, latera C. m. longus est. Stabulis compleris non longius, non latius usque structum in operibus superabat. Superius versus illi erat varietas plena ornamentum, quae magnificentissimae et Cubitus excedebat. Et inter haec Semiramidis conspicitur et copia Varietatis facillime, et prout patet. Minus laeva ferimus. Ceterum interior Arx constructa ut à Diodoro et Nerva dicitur, omnia illa plura Plinius fabulosa fuit.

reflejos de su lectura y de las vivencias de *madame Marie* y su esposo; entonces tuvo la sensación de que eran los dos quienes lo acogían. Un rato después pensó en airear el sitio y para ello corrió las cortinas y abrió la ventana y los postigos con ganas de sentir un poco del fresco matinal que nunca llegó, lo que lo hizo concluir que la casa no está cerca de la playa, lástima, porque le habría gustado la posibilidad de sentir la brisa y darse un chapuzón en el agua salada que en el Mediterráneo siempre le ha parecido fría y reconfortante en los días de canícula.

Nuevamente le ganó la fatiga y cayó en un sueño más reparador durante un par de horas. Daban las nueve cuando percibió el aroma del café que venía de la cocina. Era Iphigénie que llegaba temprano. *Madame Marie* bajaría pronto y los tres desayunarían en el jardín.

Después de que entre los dos pusieron la mesa, el acompañante regresó al estudio para dejar todo en orden; mientras acomodaba la ropa de cama descubrió un gran baúl, de los que solían usarse en las travesías marítimas como roperos portátiles. No lo había visto antes y notó que su cerradura no podía abrirse. Ya en el jardín, antes de que llegara *madame Marie*, preguntó a Iphigénie qué había ahí. Ella le comunicó que también le sería mostrado, pero más tarde, a su tiempo. Este misterio lo intrigó, pero no habló más de ello, confiando en que le serían revelados todos los secretos que quisiera conocer.

El café, los cuernitos recién salidos de la panadería y la mermelada casera hicieron los placeres de aquel amanecer tardío. Iphigénie relató que en la semana había pasado varias veladas con más de veinte personas jóvenes, recién llegadas del Helesponto en intercambio forzoso con pobladores de la Macedonia. Se lamentaban de su desarraigo, de ser obligados, por acuerdos de Estado, a iniciar una nueva vida en una ciudad que no era la suya. Y al acompañante le aseguró que él era más de ahí que aquellos inmigrantes involuntarios que ya tenían casas macizas y trabajo, pero carecían de cotidianidad, de historia y de muertos. En aquel relato no había ninguna referencia a la recuperación de un territorio ni a la aventura del cambio; Iphigénie hablaba de exiliados que sufrían la nostalgia de sus tierras y de una parte muy importante de su identidad de griegos de Turquía. Ofreció presentar aquella gente al acompañante en la tarde, cuando quería hacerle conocer la ciudad real y actual, con la vida de la gente de su tiempo. *Madame*

Marie no pareció molesta por aquella alusión que le recordaba su vejez, y el acompañante tampoco dio importancia a la llamada de atención sobre su veraneo puramente histórico, al que Iphigénie calificaba de turismo en el pasado, de viaje a las añoranzas.

Poco a poco fueron devolviendo la vajilla y los restos del desayuno a la cocina, lavaron los platos y se hallaron de nuevo en la biblioteca. *Madame Marie* se sentó en el diván, Iphigénie lo hizo en el sillón de la mesa de trabajo y al acompañante le señalaron una poltrona al lado del cofre que pronto se abriría. Con la presencia de *madame Marie*, el vasto aposento atestado de anaquelos y archiveros rebosantes había cambiado de aspecto. La penumbra previa, apenas interrumpida en las horas de lectura por las lámparas del escritorio y del canapé, había dejado su lugar a una luminosidad intensa que entraba a plenitud por los ventanales altos y anchos que también dejaban ver el verdor de árboles y plantas, una variedad de matices florales y el azul perenne de aquella comarca mediterránea.

Las tonalidades que ahora advertía hicieron pensar al acompañante que no había apreciado bien el colorido de las cubiertas de los volúmenes y de los legajos, del tejido de la alfombra y del tapiz que colgaba del único fragmento de pared libre, del que cubría el mueble en que durmió, del de las carpetitas bordadas que decoraban los brazos de los asientos, vamos, se dijo, ni de la tonalidad de su propio cutis y del de las dos mujeres; parecía, pensó, que eran la sonrisa y la mirada casi ciega de *madame Marie* lo que ahora daba luz a aquel espacio.

Madame Marie sacó al acompañante de sus meditaciones cuando declaró que no sabía qué hacer con aquel cúmulo de documentos, publicaciones y recuerdos pues temía que cuando dejara de vivir su hijo y sus hijas, todos radicados en Estados Unidos, tirarían todo a la basura para poder vender la casa. El acompañante inquirió si los archivos de la comunidad o los nacionales y municipales no eran el sitio adecuado para conservar aquel patrimonio histórico. Iphigénie explicó que ya había hecho algunos trámites, pero que la comunidad estaba disolviéndose y pronto no quedaría nada de ella, las instituciones gubernamentales no mostraban ningún interés puesto que todo ya está publicado, y la misma *madame Marie* no estaba dispuesta a dejar sus archivos en Grecia. Al acompañante se le ocurrió que podrían ser

...un movimiento torpe le hizo derramar un recipiente y exclamar *Adonay Dio*. Entonces el acompañante, que conocía muy bien la expresión, le habló en castellano, lo que hizo que el fotógrafo casi pegara un salto...

enviados a Jerusalén, a la institución que acumula y estudia los documentos de las juderías desaparecidas. Anotó la dirección asombrado de recordarla tan fácilmente, y sugirió enviar una carta ofreciendo los que estaban ahí. *Madame Marie* quedó pensativa unos segundos, dijo que lo discutiría con Iphigénie y con su hija mayor, la más cercana a su padre, y decidió hablar de otra cosa.

Más bien, sacó de su bolso una llave y le pidió al acompañante abrir el arcón que tenía a su lado. Sorprendido una vez más, el acompañante dudó, pero un poco exaltado se decidió a ejecutar la orden. Separar ligeramente la tapa resultó trabajoso pues era pesada y crujía dando señales de que podía desmoronarse. Los entrepaños, los cajones, todos los rincones del armario de viaje e, incluso, varias bolsas de yute colgadas en donde debían ir las perchas para los trajes y vestidos, estaban atiborrados de grandes llaves de hierro forjado destinadas a cerraduras, cerrojos y candados voluminosos, como los que se exhiben en las secciones de historia medieval de algunos museos. No habían sido limpiadas y en algunas aparecía un poco de herrumbre. Buen número de ellas tenían atadas pequeñas etiquetas escritas del puño y letra del historiador, y lo mismo sucedía con las que formaban manojos asegurados con pequeñas cadenas. El conjunto era de una negrura espesa, con algunas tonalidades rojizas aquí y allá. Pasmado por el espectáculo que admiraba como si estuviera ante un tesoro relumbrante, el acompañante no acertaba a entender lo que tenía ante sí. Se inclinó y comenzó a leer los rótulos: eran los nombres de las ciudades o regiones ibéricas con que se designó a las sinagogas antes del gran fuego o los apellidos de algunas familias. Eran llaves que los sefaradís desterrados por los Reyes Católicos de España y Portugal habían llevado consigo a la diáspora, confiados en que un día regresarían a Toledo y a Sevilla, a Zaragoza y a Barcelona, a Córdoba y a Granada, a Lisboa y a Évora, a Castilla y a Aragón, a todos los lugares que se vieron obligados a dejar, y con la esperanzada convicción de que ese día volverían a abrir los portones de sus casas abandonadas para tomar otra vez el dominio de sus lares ancestrales en su propia tierra prometida. El historiador había coleccionado algunas que olvidaron quienes a principios de siglo emigraron a hacia América y Palestina, y un pope le dio después de la guerra las que pudo recopilar entre quienes en 1943 fueron enviados a Polonia y Alemania. El baúl había permanecido protegido en la sacristía de una iglesia, al pie de un mural de alusiones bizantinas y, en la época en que se redactó el último volumen, volvió a las manos de su autor.

El acompañante, sin hacer comentarios y como si estuviera solo, buscó una etiqueta con el apellido de su padre en el atado que decía Portugal, pero sólo lo halló cuando revolvió el de la sinagoga de Catalán o del Hi-



San Demetrio, Iglesia de San Demetrio, Salónica, siglo v

go; el de su madre apareció fácilmente en el Árbol de la Vida. Cuidadosamente abrió las cadenas que las unían y separó una llave de cada uno de los dos manojos. Miró unos instantes la escritura anticuada de los rótulos y disfrutó largo rato la sencillez oscura de las argollas y los mangos, y también las curvas y sinuosidades de las llaves que abren picaportes. Sopesaba el volumen de las dos llaves cuando escuchó la voz de *madame Marie*:

—Tómelas y guárdelas como un recuerdo de su visita a la viuda del coleccionista.

FIN DE VIAJE: CADA CUAL EN SU PROPIA DIÁSPORA

El acompañante había quedado mudo y con los ojos húmedos durante unos instantes. Su viaje, pensó, había terminado.

Volvieron a cerrar la valija colosal, y pronto se despidieron con abrazos, besos en las mejillas y promesas de reencuentros futuros.

Con Iphigénie almorzó y pasó la tarde en la playa. Luego ella le hizo recorrer la ciudad nocturna. La fiesta en su departamento, también en un edificio sin fisuras, le permitió escuchar los relatos de otros inmigrantes y aprender a bailar en hilera con los brazos entrelazados de hombres y mujeres.

Ya casi amanecía cuando el acompañante dijo adiós a medio centenar de personas y salió apenas con tiempo suficiente para hacer su equipaje, devolver el auto alquilado y registrarse en el aeropuerto. ■